

LA SANGRE DE HÉRCULES



J A S M I N E M A S

Título original: *Blood of Hercules*

Copyright © Jasmine Mas, 2024

Esta edición se publica por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L.
y The Whalen Agency, Ltd.

Traducido por: Mariana Hernández Cruz

Diseño de portada: © Steamy Designs

Adaptación de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado

Fotoarte realizado a partir de imágenes de: © Getty Images

Fotografía de Jasmine Mas: cortesía de la autora

Árbol genealógico: Maria / Steamy Designs

Ilustraciones de interiores: Stella Colorado

Viñetas de interiores: Freepik

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: mayo de 2025

ISBN Volumen: 978-607-39-2799-4

ISBN Obra Completa: 978-607-39-2798-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

I
LA SERPIENTE
ALEXIS: AÑO 2090



—¿Quién eres? —me susurró al oído una voz femenina.

Me incorporé sobresaltada y parpadeé aturdida.

Las muñecas me punzaban de dolor. Estaban en carne viva.

La hierba y las flores rosadas de verano crepitaron cuando una cálida brisa sopló sobre el campo esmeralda en el que dormitaba.

La Montana rural era un lugar silencioso e inquietante.

Situado a trescientos kilómetros al norte de las luces de la ciudad de Helena, la red eléctrica apenas llegaba a nuestro destartado campamento de remolques.

Los titanes llegaron en el año 2050, y el mundo se derrumbó.

Los niños de la escuela decían que estábamos en nuestra era apocalíptica.

Yo lo llamaba el infierno.

Nadie sabía de dónde habían llegado esos titanes inmortales con aspecto humano, dientes afilados como cuchillos, venas negras, largas garras y supervelocidad, ni por qué destrozaban a los humanos por diversión.

Su existencia era una desgracia si querías vivir (yo no quería).

El padre John decía que los titanes habían aparecido para «darles una lección a los humanos». Desde entonces, no hicimos más que perecer dramática y espantosamente... qué extraña lección.

Después de todo, fueron los espartanos quienes nos salvaron.

—¿Me escuchas? —preguntó más alto la voz desconocida.

Giré la cabeza y busqué a quien me estaba hablando, pero no había nadie más en el campo.

Me quejé cuando el rápido movimiento hizo que me dolieran más las muñecas.

Mi padre y mi madre de nuevo estaban usando la tina para preparar su «bebida especial» para combatir el hambre —una combinación de productos de limpieza, agua y levadura de pan mohoso— y su comportamiento era cada vez más errático.

Sin ir más lejos, la semana pasada había mirado «de mala manera» a mi padre, así que me había atado con una cuerda áspera porque era «una zorra de diez años, holgazana, malcriada y buena para nada».

Esta mañana, me había cansado de estar atada como un perro y me había golpeado los brazos contra una roca mientras me jaloneaba hasta liberarme.

Las dos muñecas definitivamente estaban fracturadas.

«Al menos te escapaste».

La buena noticia: mi padre estaba tan fuera de sí que probablemente ni recordaría que me había atado.

La mala noticia: necesitaba la costosa medicina de la Federación Espartana —«sería mejor la muerte»—, pero no podía pagarla.

Alguien tenía que ocuparse de su salud mental de la forma más barata: golpeándolo en la cabeza con una pala (eso era lo que le habían hecho al vecino Paul: noquearlo mientras no se daba cuenta).

—Puedes oírme, ¿verdad? ¿Qué... eres? —dijo la voz invisible junto a mi oído, y me sobresalté de miedo.

«Genial, me persigue un fantasma».

Miré a mi alrededor con recelo.

Un alambre de púas resplandecía entre la lejana arboleda que rodeaba el campamento de remolques, y de una rama colgaba una bandera blanca con el escudo de la Casa de Hades: un horrible esqueleto de perro con ojos ardientes color carmesí.

Era un perro infernal.

Debajo de la bandera, un cartel advertía en letras rojas como la sangre: «Zona militarizada protegida por la Federación Espartana. Cuidado, titanes».

Los símbolos de la organización ctónica de asesinos —el Escuadrón de la Muerte—, con sus banderas de espeluznantes perros infernales que nadie había pedido, estaban colgados por todas las zonas

protegidas. Eran una advertencia para los titanes de que, incluso entre monstruosidades, había Goliats.

Todo el mundo conocía a las doce familias espartanas que dominaban la tierra.

Las ocho Casas Olímpicas eran los buenos, ya que sus poderes no dañaban a las personas. En cambio, las cuatro Casas Ctónicas eran pura maldad.

Eran asesinos en masa con poderes oscuros.

Me estremecí.

«La era de los dioses y los monstruos apesta».

Respirando entre dientes, intenté concentrarme en otra cosa que no fuera la agonía que me recorría desde los antebrazos.

«¿Qué harían Emmy Noether y Carl Gauss en esta situación?». Por desgracia, no estaba segura de cómo actuarían mis héroes, brillantes matemáticos de la Historia.

Dormir estaría bien.

También la muerte.

De momento me habría conformado con releer por enésima vez la autobiografía de Emmy Noether en la biblioteca pública. Era como un abrazo suave.

Por lo menos, suponía que era así como se sentiría un abrazo. Nunca me habían abrazado. Todavía no.

Tal vez nunca, tomando en cuenta que odiaba que me tocaran y que no le agradaba a la gente.

—Tu olor me parece familiar —susurró más fuerte la voz invisible—. Me pregunto... ¿cómo te llamas, niña?

Me olí la axila. Había usado la manguera fría del jardín esa mañana, así que solo olía a sol y a pasto.

—Soy Alexis Hert —dije con timidez. Me hormigueaba la cicatriz que tenía en el esternón desde que era bebé.

—¿Puedes entenderme, humana? ¿Puedes hablarme? —La voz era aún más fuerte y me sobresalté—. Soy Nyx.

—Eh... Hola —dije torpemente.

Hubo una larga pausa.

—¿Por qué tienes las muñecas ensangrentadas? —preguntó Nyx.

—Mis padres adoptivos están tratando de matarme —dije con un fuerte suspiro.

—Eres una humana extraña. —la voz de Nyx sonó más cerca—. Hablas de muerte, pero no hueles a miedo. Te pasa algo raro.

—Es probable que sí —dije.

—Tu actitud es perturbadora. He conocido espartanos inmortales que temían la muerte más que tú —siseó Nyx.

—¿Eres un fantasma? —pregunté.

—No.

—Mentirosa.

De repente, un objeto oscuro tapó el sol y se acercó a unos centímetros de mi cara.

Unas pupilas verticales resaltaban sobre un fondo morado neón, y una resbaladiza lengua bífida se arrastró por mi mejilla.

—Te dije que era real —siseó Nyx.

Una... una... colosal serpiente negra, tan larga como una de mis piernas, con dos colmillos relucientes, afilados como cuchillas, y unos ojos morados, se alzaba en el aire frente a mí.

Parecía peligrosa.

Depredadora.

—¿Qué eres? —susurré.

Su brillante cabeza negra se balanceaba de un lado a otro con la brisa veraniega, como si intentara hipnotizarme.

—Soy una equidna, una antigua raza de serpientes invisibles. Por supuesto que no lo sabrías; los humanos no saben nada de la naturaleza de las bestias.

Tragué con fuerza.

—¿Eres venenosa?

Los colmillos brillaron mientras la serpiente asentía con la cabeza.

—Demasiado. El solo roce de uno de mis colmillos te mataría en segundos.

—Estupendo —dije con asombro—. ¿Quieres que seamos amigos? —Nunca había tenido una amiga.

Los ojos morados brillaron.

—Bueno —siseó Nyx, abriendo la mandíbula al hablar—, pero solo porque tu vida parece miserable, y yo me perdí en esta tierra salvaje sin nadie con quien hablar.

—Genial. —Alargué la mano y acaricié su brillante cabeza.

Nyx soltó una mordida al aire con un chasquido.

—No vuelvas a tocarme así o te mataré a mordiscos, niña; no soy un perro cualquiera. —Olfateó con altanería—. Esto es solo un acuerdo temporal.

Me reí.

Era divertida.

Horas más tarde, después de retozar con mi nueva mejor amiga e intentar ignorar el dolor de mis muñecas, el sol se puso en un cielo rosa ardiente.

Si no volvía al remolque antes del anochecer, me quedaría afuera y me vería obligada a dormir en la oscuridad.

Estaba decidida a dormir adentro esa noche.

—Volvamos juntas —susurré. Nyx se volvió invisible y se deslizó junto a mí. Su cabeza rozó mis pies mientras corría.

Regresamos cuando aún había luz en el cielo, aunque nadie se dio cuenta.

Mi madre y mi padre estaban sentados en el patio, demacrados y con los ojos vidriosos mientras sorbían tazas sucias llenas de su «bebida especial». Tenían las pupilas dilatadas y las cabezas inclinadas hacia atrás en un ángulo antinatural mientras miraban las nubes.

Cadáveres vivientes.

Tararé para tranquilizarme.

—Parecen... enfermos. —La lengua húmeda de Nyx se deslizó por mi oreja mientras se erguía detrás de mí y me seguía al remolque—. ¿Quieres que los mate?

—No —susurré mientras la guiaba por el pasillo—. Eso está mal.

La lámpara de la pared emitía una débil luz verde y la electricidad zumbaba mientras se esforzaba por dar luz al decrepito remolque, una mezcla de piezas de metal y madera de una época anterior a los titanes.

El único ventilador, que apuntaba a la cama de mis padres adoptivos, no servía para refrescar el resto del espacio.

El calor sofocante del verano era opresivo.

Nyx chasqueó los colmillos.

—Bueno, pero algún día, niña, los mataré por ti.

Resoplé.

—No puedes matarlos. Matar es un pecado. Moralmente, es lo peor que puedes hacer. Tu alma se corrompería. Lo dice el padre John.

—El padre John suena como un estúpido idiota; eres demasiado joven para saber de qué hablas —dijo Nyx—. Cuando seas mayor, pensarás diferente.

Era claro que se iba a ir al infierno por decir eso.

«Un momento, ¿no dijo el padre John que las serpientes eran malvadas? ¿Me voy a ir al infierno por hacerme su amiga?».

La condena eterna era sorprendentemente complicada.

Sacudí la cabeza.

—Yo nunca mataré a nadie —prometí con el pecho ardiendo de sinceridad.

Nyx resopló.

Con cautela, me acomodé en la caja de cartón que me servía como cama.

En la parte inferior había un pequeño trozo de tela blanca con una etiqueta de ocho letras bordada en dorado en la parte delantera. Era el mameluco que llevaba cuando me encontraron de bebé en el orfanato, mi única posesión en todo el mundo.

Sentí una sensación extraña de deslizamiento cuando Nyx acomodó su pesado cuerpo sobre mi regazo.

—¿Puedes hablar con todas las personas? —susurré.

—No, niña. Es inusual que puedas oírme —murmuró Nyx—. Solo puedo hablar con las de mi especie, y no somos muchas.

—Bueno, pues me parece muy agradable —murmuré con sueño—. Ahora no puedes dejarme porque podemos hablar, siempre había querido una amiga... solo que nada de matar... ¿me lo prometes?

—Yo no hago juramentos estúpidos. Basta de parloteo —siseó Nyx—. A dormir.

Más tarde me di cuenta de que mi tartamudeo desaparecía por completo cuando hablaba con ella.

Las bestias no me daban miedo. La gente, sí.

Así fue como una serpiente venenosa invisible de diez kilos se convirtió en mi compañera más cercana.

Sí, me hice amiga del primer monstruo que conocí.

Pum.

Pum.

Pum.

Me desperté con sobresalto unas horas más tarde.

Se oían fuertes golpes en la puerta del remolque.

Mi madre y mi padre maldijeron en voz alta mientras se tambaleaban fuera de la cama hacia el odioso y repetitivo sonido.

Me asomé por la esquina de mi caja. Nyx murmuró contra mi piel y se movió, pero no se despertó.

En la puerta había una anciana bajita, de pelo blanco y ojos sorprendentemente violetas. Su expresión era seria. Una figura delgada con capucha estaba encorvada a su lado.

—¿Qué demonios cree que está haciendo? —preguntó mi madre mientras miraba fijo a la intrusa, mucho más sobria que antes—. No vendemos nuestra bebida en la puerta, tendrá que esperar al lunes y conseguirla en el bosque como todo el mundo en el campamento.

Junto a mi madre, mi padre abrió la boca y balbuceó sonidos ininteligibles.

—Gracias, qué oferta tan generosa —dijo la anciana, con un tono que insinuaba que pensaba cualquier cosa menos eso. Se aclaró la garganta—. Estoy aquí porque el Gobierno de Estados Unidos, dirigido por la Federación Espartana, los ha hecho responsables de un segundo hijo adoptivo. Les enviarán vales mensuales de comida para cubrir sus gastos. Se llama Charlie.

«Nunca había oído hablar de hijos adoptivos entregados a domicilio».

Antes de que alguien pudiera reaccionar, la anciana empujó a Charlie dentro del remolque con una fuerza asombrosa, y cerró la puerta.

Mi madre resopló mirando al niño.

—Me las van a pagar. Esto es ridículo, carajo. No solicitamos otro. Ni siquiera podemos alimentar a la maldita otra cosa.

«Qué lindo, ahora soy un objeto».

Mi padre se acercó tambaleándose al sofá destartado, cayó en él boca abajo y se puso a roncar.

Mi madre agarró a Charlie por el escuálido brazo y lo arrastró hacia mi caja de cartón. Cerré los ojos con fuerza y fingí dormir.

—Niño, puedes dormir al lado de... Alex, hay suficiente espacio.
—A juzgar por la larga pausa, le había costado recordar mi nombre.
Qué grosera. Llevaba casi diez años viviendo con ella.

Mi madre se alejó dando fuertes pisadas. Los resortes rotos crujieron cuando se metió a la cama.

Entreabrí los ojos a través de mis pestañas.

Charlie estaba arrodillado frente a mí.

Jadeé.

Sus ojos eran de un antinatural color amarillo que casi brillaba en la oscuridad. El pelo rubio y grasiento le colgaba alrededor del rostro pálido y afilado, y unas ojeras oscuras rodeaban sus facciones hundidas.

—Yo soy A-Alexis —susurré con cautela, extendiéndole la mano amoratada. Me temblaba la muñeca adolorida mientras esperaba a ver qué hacía.

«¿Se va a burlar de mi tartamudeo?».

Miró fijamente mi mano, pero no la tomó.

Si no hubiera tenido los ojos abiertos, me habría costado creer que estaba vivo porque se mantuvo totalmente inmóvil.

Bajé la mano y me acomodé para que hubiera espacio en la caja de cartón.

Los dos éramos pequeños. Cabíamos.

Discretamente moví a Nyx al otro lado para que no la tocara.

—Tengo diez años —dije en voz baja—, ¿tú también tienes diez?

Charlie negó con la cabeza y, con cautela, se acomodó a mi lado. Seguía sin hablar.

—¿Eres más chico? —le pregunté.

Asintió mientras nos sentábamos uno junto al otro en la oscuridad.

—¿Tienes nueve?

Volvió a asentir.

—Supongo que ahora eres mi hermano menor. No te preocupes, seré una buena hermana —le prometí rápidamente—. Sé todo sobre nuestros padres adoptivos. Sígueme la corriente y estarás bien. Yo te protegeré.

—No tienes que hacerlo —susurró.

Le di un codazo.

—Ya sé que no tengo que hacerlo, pero quiero. Te voy a cuidar.
Abrió muchísimo los ojos.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con preocupación.

Sacudió la cabeza como si no fuera nada, pero una ligera sonrisa le curvó los labios.

Sentí que un calorcito se extendía en mi pecho y le devolví la sonrisa.

Había empezado el día con cero amigos.

Ahora tenía dos.

Las cosas estaban mejorando.